

Antenas

El rumor, esa voz vaga cuanto sorda, confusa pero continuada, que corre entre la gente con fines muchas veces equívocos, perjudicando, irritando, consternando, angustiando, acaba de encrepar —aunque no en exceso— las calmas aguas de la TV nacional.

En la emisión del lunes de su noticiero Siete Dfaz, Joaquín López Dóriga recibió varios llamados de televidentes, preocupados porque —según afirmaban— habían escuchado en algún canal que la reciente retahíla de temblores terminaría por acabar, en breve tiempo, con la Ciudad de México. Saliendo al paso de tales rumores, López Dóriga calificó de "estúpido" al supuesto responsable de tal afirmación y "de más estúpido todavía" a quien permitió que eso saliera al aire.

Por razones que no están muy claras —seguramente atribuibles a la génesis del rumor, que debe ser siempre ambiguo en el origen de la información que transmite, así como generalizado el interés cuyo tema es capaz de despertar —muchos sospecharon que el calificativo de JLD tenía como epicentro a que Guillermo Ochoa, el animador del programa de Ca-

La utilización de las palabras por TV

12/11/81

Carlos Ulanovsky

nal 2, Hoy mismo.

El productor del programa, señor Salvador Ortiz, desmintió a esta columna que desde ese foro se hubiera lanzado versión alarmista alguna en relación a los temblores. Sin embargo, precisó: "Cada persona ve televisión con su criterio y pareciera que con una forma especial de predisposición, según el tema que se trate. Aunque invitamos a dos de los mejores especialistas en sismos, es posible que la gente haya razonado: si hubo casi 50 temblores en pocos días, ¿qué podremos esperar sino lo peor?"

Largamente experimentado en eso que podríamos denominar los efectos prácticos de la televisión, el señor Ortiz se extraña por el hecho y admite: "Ya sabemos que no siempre se logra transmitir lo que uno desea".

López Dóriga, también consultado por este cronista, reconoció el poder de la televisión

("enorme") y recordó que esto venía "desde el radio, cuando Orson Welles hizo su numerito y asustó a toda su nación". Aclarando que él era reportero y que nunca había leído a McLuhan, JLD se internó en otras reflexiones: "La televisión tiene, todavía, una gran credibilidad. Si yo hoy digo en mi noticiero que mañana va a faltar gasolina, aunque esto sea un invento, mañana faltará gasolina. Porque la gente se angustiara y saldrá de sus casas y se acabará toda la gasolina disponible".

En cuanto a la capacidad de los medios para fabricar, alimentar y programar rumores que pueden lesionar gravemente al conjunto social, el reportero rememoró acontecimientos de 1976, cuando durante la llamada crisis de otoño, también se verificó una alteración del inconsciente colectivo. "En jaquel |entonces —estima— debido a un bajón importante en la credibilidad, se daba como un hecho un golpe

de estado. El efecto de los rumores llevó a la gente incluso a almacenar víveres y los banqueros, sacudidos por el retiro de ahorros, pensaron que deberían cerrar sus establecimientos".

Lo cierto es que todo este episodio de runrunes y malos entendidos desemboca en varios temas. Por una parte, desde el lado de los emisores, se impone la mayor cantidad de cuidados, ya que se sabe que la fuerte ilusión del medio hace que en numerosas ocasiones la gente crea escuchar lo que nadie dijo. Y por el otro, hasta qué punto la televisión está preparada realmente para hacer frente a una emergencia masiva. A propósito, López Dóriga recuerda que cuando estalló la primera huelga de los telefónicos, en el canal se montó una unidad de radio conectada con los centros de primeros auxilios con el objeto de detectar y reportar accidentes.

Preocupado por la reacción, de los televidentes LD indicó que, sin embargo, la mayor parte de los llamados posteriores a su aclaración, no eran para intercambiar opiniones sobre si el fin del DF era inminente o no, sino que tenían como objeto reprocharle que hubiera utilizado la palabra estúpido.